



Monaldo hicieron que en 1233 muchos ricos negociantes de Florencia renunciaban el mundo, se desprendiesen de sus bienes, abrazasen una vida mortificada en el monte Senatorio y construyesen una iglesia y celdas, cuyos habitantes se consagraron de un modo particular en honrar los padecimientos de la Santísima Virgen (*Servi B. M. V.; Servita*). Alejandro IV confirmó la orden de los servitas en 1255, y Martino V fué su principal bienhechor. Esta congregacion se aseguró una influencia permanente entregándose al estudio de las ciencias. El apasionado historiador del concilio de Trento, Pablo Sarpi, muerto en 1623, y el célebre arqueólogo Ferrari, muerto en 1626, fueron servitas (1). En 1244 y 1245, Inocencio IV reunió muchos anacoretas bajo la regla de San Agustín (2); Alejandro IV imitó este ejemplo en 1256, y los ermitaños agustinos obtuvieron los mismos privilegios que las órdenes mendicantes.

Esta general tendencia á la vida interior, que no siempre se hallaba en el clero secular, una idea errónea de la verdadera piedad, y el deseo de procurar un asilo á las viudas y á las jóvenes sin proteccion por las cruzadas, hicieron que desde el siglo XI algunas piadosas cristianas formasen asociaciones religiosas y edificantes en los Países-Bajos y en la Alemania. Estas asociaciones eran un promedio entre el mundo y el claustro. Las asociadas, llamadas desde el siglo XII *Beguinas* (de *beghen*, ó *beten*, rogar), se dedicaban particularmente á las obras de caridad, y fueron un precioso recurso para el pueblo. Pero no tenían regla fija, y sus conciliábulos no tardaron en ser el teatro de muchos sueños fantásticos. Fueron perseguidas, y concluyeron por reunirse á la orden tercera de San Francisco. Al lado de las Beguinas hubo tambien los Beguardos, compuestos de hombres jóvenes y hechos (3). Estos escogieron por patron á San Alejo, cuyo nombre tomaron, pero luego

(1) Cf. *Pauli Florent.*, Dialog. de orig. ord. Serv. (*Lamii, Delic. eruditor.*, t. I.)

(2) Bullar. Rom., t. I, p. 100. Cf. *Bolland.*, mens. Febr., t. II, p. 744.

(3) *Mosheim*, de Beghardis et Beguinabus, ed. *Martini*, Lips., 1790.

lo cambiaron con el de Lollardos, que significa gente que canta en voz baja, y que se les dió porque conducian los muertos á la sepultura cantando en voz baja con tono fúnebre. Igualmente se distinguieron por su industria y por los cuidados piadosos que prodigaban á los enfermos, indigentes y á la juventud; los soberanos y los grandes los acogieron y protegieron. Desgraciadamente los beguardos imitaron tambien los errores de sus hermanas primogénitas, y como ellas, cayeron en un panteísmo místico que degeneró en una verdadera herejía.

Después de haber visto las obras que las órdenes religiosas, fieles al espíritu de Dios, ensayaron y llevaron á cabo, no será sin un profundo sentimiento de respeto y de admiracion que será leído el cuadro de un convento bien arreglado y de un verdadero religioso, trazado por un piadoso escritor que, para reconocer seriamente su vocacion, habia examinado atentamente las costumbres de un monasterio y de sus habitantes (1). «Habita en *Marmoutiers* (*Majus Monasterium*) habia ya ocho meses, escribe Guiberto de Gemblours á Felipe, arzobispo de Colonia. No fui tratado en él como un huésped, sino como un fraile. En este lugar tranquilo no se ven odios, ni disputas, ni aspereza de palabras; el silencio sabiamente guardado lo evita. Una simple mirada del superior basta para hacer que se vuelva á su deber. Cada oficio está al cargo de un hombre de virtud á toda prueba. En ninguna parte hay más piedad en los oficios, más respeto en la celebracion de los sagrados misterios, ni más afabilidad y afecto para con los huéspedes. En todas las cosas hallaréis la buena fe, la serenidad y deferencia; todo va con estricta medida. El fuerte lleva al débil, el inferior respeta al superior, y éste se ocupa de sus subordinados. El jefe y los miembros forman un solo y mismo cuerpo. Cuando se trata de la eleccion de un abad, prepáranse á ello con fervorosas rogativas; y, una vez hecha y proclamada la eleccion, el elegido jura mantener inviolablemente la regla de la casa y no tomar cosa alguna fuera del refec-

(1) Cf. *Hurter*, t. III, p. 599-601.



torio y de las horas de comer. Esta disposicion contribuye al bienestar temporal del monasterio. Cada dia el abad hace comer á sus lados tres pobres como representantes de Jesucristo. El que actualmente posee estas funciones tiene todas las virtudes necesarias para dirigir una comunidad tan numerosa. En él la prudencia va acompañada de la dulzura. Entre los frailes nadie piensa en su nacimiento, en las dignidades y cargos de que ántes gozaban en el mundo, porque todos son servidores de Cristo. Con los ayunos y vigias se doma completamente el cuerpo de sus pasiones y caprichos. La fuerza del leon impide al uno el que se deje conmovido por la prosperidad ó por la desgracia; el otro se abalanza hácia el cielo como el águila, y todos asocian la prudencia de la serpiente á la mansedumbre de la paloma. En las cosas exteriores todo lleva el sello de una consumada sabiduria. Así en la iglesia como en el taller todo se hace con medida y en el tiempo oportuno, porque estos hombres admirables se hallan continuamente á la presencia de Dios; á la naturaleza se le concede lo que la es indispensable; lo restante del tiempo es dado al Señor. Al verlos, se diria que son un ejército, cuyas armas están en continuo servicio desde la punta del dia hasta la hora sexta. Vense cómo se prosternan hilera enteras de frailes ante los altares; apenas se ha concluido una misa cuando ya empieza otra. Es imposible calcular lo que distribuyen en limosnas en el convento, y el contar las almas que sacan del purgatorio por sus oraciones. Una parte del tiempo se destina á la lectura y otra al canto. No se habla sino ciertos dias, y áun poco, y esto con la mira de suspender tan largo silencio é impedir las conversaciones secretas. Nadie come fuera del refectorio ó de la enfermeria. Los huéspedes que no pertenecen á una orden religiosa, son recogidos en un edificio separado. Mientras se come, la atencion de los frailes se dirige más bien á la lectura que á los alimentos que tienen á la vista. La mayor parte de lo que se sirve queda para los pobres. El dormitorio está siempre alumbrado; las camas, expuestas á la vista de todos, son duras y tos-

cas. La lámpara que arde de noche indica que los habitantes de estos lugares quieren ser hijos de luz, y no de tinieblas. Por lo mismo el Señor ha derramado sobre ellos un torrente de bendiciones, porque, además de una magnífica iglesia y de riquezas de toda especie, el monasterio tiene aún fuera, y dependientes de él, doscientas celdas. Los numerosos y preciosos manuscritos, de que están llenos todos los estantes, son una prueba visible de las virtudes que se cultivan y que florecen en el convento, merced á los avisos, exhortaciones y sábias lecciones que hábiles intérpretes de la palabra divina dan cada dia, y sobre todo en las fiestas principales, á sus hermanos reunidos en capítulo para edificarse mutuamente. Oíalos animarse continuamente, consolarse y recordarse los unos á los otros los caminos del cielo. Á no haberme visto precisado á volver á mi casa, confieso que no me habria separado de ellos; tan bien se hallaba mi alma en su compañía. Pero, si en lo sucesivo mi cuerpo está lejos, mi espíritu permanecerá siempre en su compañía.»

Tal es la vida del claustro; por lo que toca al religioso, ahí va su retrato copiado del natural: «El fraile Roberto de San Mariano de Auxerre era muy versado en las ciencias, notable por su elocuencia, y ninguno de sus contemporáneos le aventajaba en conocimientos sobre la historia. Tan presente tenía la Sagrada Escritura, que al momento podia resolver todas las cuestiones citando el texto. Tocante á esto su erudicion parecia maravillosa. En su persona habia no sé qué de gracia y de afectuosa bondad, que venia á ser como el reflejo de la pureza de su alma. Su probidad le hacia extraño á la desconfianza, que desechaba siempre con estas palabras de Séneca: *Sólo la confianza puede hacer al hombre un verdadero amigo; ¡cuántos por el temor de ser engañados enseñan á los otros la astucia, y dan, en cierta manera, al mal el derecho de nacer, sospechándolo ántes que existal*. Quería tanto Roberto la justicia, que aborrecia profundamente la iniquidad; siguiendo en esto las palabras del sabio: *No se puede detestar demasiado lo que es despreciable*. Por el contrario, consa-



»grado al pecador, cualesquiera que fuesen sus  
»crímenes, desplegaba una caridad admirable  
»para levantarle, porque sabia que la miseri-  
»cordia es la compañera de una verdadera vir-  
»tud, mientras que la dureza caracteriza la fal-  
»sa. Manifestaba al penitente la más pura com-  
»pasion, y jamas era insensible á la desgracia  
»ajena. Sus esfuerzos tendian á sostener la union  
»de los espíritus por la paz interior; sólo hacia  
»la guerra á los que querian sembrar la discor-  
»dia, convencido, segun la expresion del sabio,  
»que son odiosos al Señor. Era tambien sincero  
»y firme en sus discursos, celoso por el servi-  
»cio de Dios, moderado, económico, consejero,  
»prudente y sabio confesor. Entre tantas y tan  
»brillantes virtudes, las que debemos apreciar  
»é imitar más, son su humildad y castidad,  
»porque vivió como si no hubiese tenido cuér-  
»po, y murió llevando su virginidad á la  
»tumba.»

Pero si entre las instituciones humanas no hay una que en el decurso de los siglos haya correspondido siempre y exactamente al ideal de la pureza, ni que, salvas raras excepciones, se haya completa y constantemente realizado, ¿por qué hemos de admirarnos si, entre tantos millares de conventos, se han hallado muchos que contrasten con pena con el cuadro que acabamos de trazar, que cayeron en la ignorancia y groseria en medio del tumulto de la guerra, que en medio de las riquezas se adormecieron en la molicie, y cuyos religiosos, en vez de presentar la imágen de la humildad y de la concordia, se alzaron unos contra otros llenos de orgullo y ambicion, en vez de la castidad votada se degradaron con los más vergonzosos vicios, y permitieron á los historiadores hostiles que tomasen por tipo de la vida claustral lo que era una mera y deplorable aberracion de la misma?

## CAPITULO XXVI

**Historia de las ciencias teológicas.—Trasformacion de las escuelas monásticas y episcopal en universidades.—Su escolástica.—Su mística.—San Anselmo.—Abelardo.—San Bernardo.—Los místicos.—Literaturas nacionales.**

Hasta Gregorio VII la dureza de los tiempos no permitió á los germanos hacer verdaderos progresos en las ciencias, á pesar de algunos esfuerzos vigorosos que prometian buenos resultados. En el siglo X se habian casi borrado del todo los últimos vestigios del genio de Carlo-Magno. Sólo en el siglo XI fué cuando se crearon establecimientos destinados al estudio, y en donde el deseo de saber se desarrolló con tanta rapidez, que en su famosa escuela del Bec, Lanfranco de Pavia fué rodeado de alumnos; su claustro fué mirado como el centro de los buenos estudios; los discipulos del piadoso Anselmo de Cantorbery, muerto en 1109, fueron comparados á un verdadero ejército; y un poco más tarde se vió que una multitud de oyentes seguian á Abelardo al desierto, reputándose felices de conservar el alimento del alma, contentándose con dar al cuerpo los frutos de la selva.

Contribuyó poderosamente Gregorio VII á que el espíritu humano tomase este camino, porque su victoria fué el triunfo de la inteligencia sobre la brutalidad y la violencia. Merced á la actividad de los monjes, empezaron á reaparecer los más célebres autores de la antigüedad; se esparcieron por todas partes, y fa-

cilitaron los estudios literarios. En las escuelas claustrales y episcopales habia excelentes maestros, que daban con gozo y libremente la instruccion, por la que les estaba prohibido percibir retribucion alguna. Á medida que se fué vulgarizando este espíritu nuevo, se vió cómo escuelas inferiores se trasformaron en universidades, las cuales, no atreviéndose á abarcar todavía la totalidad de las ciencias, se contentaban con cultivar algunos de sus ramos, tales como la medicina en Salerno, el derecho en Bolonia en 1200, la dialéctica y la teología en París en 1206 (1). Sin embargo, ya se reconocia la

(1) Además de estas tres universidades pueden contarse las siguientes que fueron creadas en la misma época: 1.º, En Italia: Vicenza, 1204; Padua, 1222; Nápoles, 1224; Verceil, 1228; Placencia, 1246; Treviso, 1260; Ferrara (1264) 1391; Perusa, 1276; Roma, 1303; Pisa, 1343, y restablecida en 1472; Pavia, 1361; Palermo, 1394; Turin, 1405; Cremona, 1413; Florencia, 1438; Catana, 1445. 2.º, En Francia: Montpellier (1180), 1289; Tolosa, 1228; Lyon, 1300; Cahors, 1332; Aviñon, 1340; Angers, 1364; Aix, 1409; Caen, 1433 (1450); Burdeos, 1441; Valence, 1453; Nantes, 1463; Bourges, 1465. 3.º, En Portugal y en España: Salamanca, 1240; Lisboa, trasladada á Coimbra, 1290; Valladolid, 1346; Huesca, 1354; Valencia, 1410; Sigüenza, 1471; Zaragoza, 1474; Avila, 1482; Alcalá, 1499 (rest. 1508); Sevilla, 1504. 4.º, En Inglaterra: Oxford, 1249; Cambridge, 1257. 5.º, En Escocia: San Andres, 1412; Glas-